

CORPUS CHRISTI (Ciclo A)

Esta solemnidad tiene una importancia especial.

En la primera lectura se habla del maná, que era figura de la Eucaristía. Aquel alimento fue dado al pueblo de Israel en el desierto para que fortaleciera su fe en Dios y aprendiera que no sólo del pan terrenal vive el hombre, sino también de la palabra de Dios. En el Evangelio, Jesús dice que Él es «el pan vivo que ha bajado del cielo». Palabras que no son metafóricas, sino que se refieren a su carne y a su sangre, verdadera comida y verdadera bebida.

La Iglesia es consciente de esa verdad y por eso nunca deja de celebrar la Eucaristía. Esta es una de las cosas que más impresionan de la historia de la Iglesia: su fidelidad a la Eucaristía. Pienso en aquellos sacerdotes ingleses que, en tiempos de Enrique VIII, cuando se prohibió el culto católico, celebraban la Misa sabiendo que se exponían a un cruel martirio. Muchos murieron por ello; o en el beato Tito Brandsma, que en el campo de concentración nazi escondía un pedazo de la forma consagrada en la funda de las gafas para poder comulgar cada día; o en el cardenal Nguyen van Thuan, que en Vietnam, recluido en la cárcel, celebraba la misa con la palma de la mano como cáliz con tres gotas de vino y una de agua. Son signos de la importancia de la Eucaristía, signos de los que está llena la historia. Sin la Eucaristía, la Iglesia no viviría y sería imposible que nosotros pudiéramos seguir a Jesús en la vida cristiana. La Iglesia, como recordaba Juan Pablo II, vive de la Eucaristía. En el concilio Vaticano II se enseña que «la sagrada Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia».

Decía san Juan Crisóstomo: «¿Qué es en realidad el pan? El Cuerpo de Cristo. ¿Qué hacen los que comulgan? Cuerpo de Cristo». Es lo que nos dice hoy san Pablo: que formamos un solo cuerpo porque todos comemos del mismo pan y bebemos del mismo cáliz. La Iglesia es una por la Eucaristía, que es la que nos mantiene unidos. Por eso, la fidelidad a la Eucaristía es fidelidad a la Iglesia. Como Cristo es uno solo, al unirnos a Él por la comunión, formamos todos un mismo Cuerpo, que es la Iglesia. De aquí podemos extraer fácilmente algunas conclusiones prácticas.

La primera es tomar conciencia de que para ser cuerpo de Cristo, hemos de cuidar mucho la comunión. Jesús dice en el Evangelio: «El que me come vivirá por mí». Este aspecto es tan importante que san Ireneo decía: «Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía y, a la vez, la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar». Muchas dificultades contra la fe se salvan acercándose con humildad a la comunión.

Otro aspecto importante es darme cuenta de que, si quiero la unidad de la Iglesia, debo tener un amor entrañable a la Eucaristía. Precisamente una de las cosas que a menudo se pasan por alto, porque se da un aspecto demasiado localista a las celebraciones, es que la Misa es un acto que celebra toda la Iglesia. No es la misa de «esta comunidad», sino la de la Iglesia, aunque en ella participen unas personas concretas.

A la Virgen María, quiere y le gusta que amemos la Eucaristía. Primero, porque es la Presencia del Señor, y quiere que queramos a su Hijo. Segundo, porque nos une entre nosotros, porque ella es Madre de todos sus hijos, y quiere que nos queramos con el mismo amor con que Cristo nos ama.